

Futuribles

Juan José Millás

¿Qué habría sido de mí si no hubiese estado en París, en Nueva York, en Londres, en Atenas, en Lima, en México, en Quito, en Bogotá...? Supongamos que arranco de mi vida la experiencia de esas ciudades, sus museos, sus gentes, sus comidas, sus parques, sus licores, su agua, su humedad, su atmósfera, su luz. Imaginemos que jamás he paseado por esas urbes remotas cuyas calles han ido formando en mi memoria (en mi conciencia) una red que forma parte de mí, que me conforma, y por la que de vez en cuando me aventuro de nuevo real o imaginariamente. Soy en parte el resultado de haber estado allí como soy en parte los cinco dedos de mi mano derecha o soy en parte mis ojos o soy en parte mis oídos. ¿Qué habría sido de mí sin los oídos, sin los ojos, sin los dedos de la mano derecha?

Más futuribles: ¿Cómo sería yo de no haber ido nunca al cine? ¿Cómo me quedaría si me extirparan las tardes pasadas en las salas de sesión continua? ¿Cómo habría sido en la madurez de no haberme identificado en la adolescencia con los héroes y antihéroes de las películas, cuyas actitudes trataba de imitar al salir a la realidad, a la calle? ¿Qué aspecto tendría si un bistorí inmaterial me privara retroactivamente de todas aquellas emociones? ¿A qué

me dedicaría en la actualidad de no haber sido víctima de Hitchcock, de Scorsese, de Howard Hawks, de Welles, de Bergman, de Coppola, de Kubrick, de Peckinpah, de Godard, de Allen, de Bardem, de Berlanga...?

Y así, de forma sucesiva, hasta llegar a donde pretendíamos: al libro. ¿Dónde estaría yo ahora, en el instante en el que escribo esta frase, de no haber tropezado con Julio Verne en una biblioteca pública? ¿Cabe imaginar mi vida sin *El viaje al centro de la Tierra*? ¿Sería el mismo hoy de no haber caído en mis manos *Crimen y castigo*? ¿Mi existencia se podría explicar sin la presencia de las novelas en las que ingresé con el temblor del que entra en habitaciones desconocidas? Todos los libros de los que me he alimentado están en mí a la manera de un conjunto de glándulas, de un sistema linfático. Ellos han contribuido de forma decisiva a la creación de eso que llamamos identidad, subjetividad, conciencia. Soy incapaz de imaginarme sin la experiencia lectora como soy incapaz de imaginarme sin corazón. Si no hubiera sido lector, ¿de qué me habría servido visitar las ciudades mencionadas al principio de estas líneas? ¿De qué ver tantas películas, tantos cuadros, de qué escuchar tanta música? ¿Quién, si no mi yo lector, me impulsó a viajar, a visitar museos, a escuchar música y puso palabras o dio sentido a todas esas experiencias que determinaron mi vida? ¿Qué clase de amigo, de padre, de compañero, de contribuyente, de espectador, sería de no haber leído?

A menudo, los lectores no valoramos suficientemente nuestra actividad. Los propios escritores manifiestan con frecuencia algún desdén (sin duda impostado) por su actividad al afirmar que un libro no cambia nada, que un título no puede modificar el mundo. Probablemente, esa afirmación se basa en la idea dominante de que lo que no se puede cuantificar no existe. Los conocimientos que proceden del discurso científico, al contrario de los que proceden del discurso literario, se pueden medir. La persona que aprende a hacer ecuaciones se va a la cama con la seguridad de que hoy sabe algo que ignoraba ayer. También después de leer un relato de Tolstoi somos más sabios que antes de haberlo leído, pero no es fácil decir por qué, no es posible medir la cantidad de conocimiento que nos ha aportado. De ahí el desprestigio de

las humanidades. ¿Para qué sirve eso, qué conocimientos de tipo práctico aporta, qué salidas profesionales tiene?

Quizá un libro concreto no modifique nada. Tampoco un lector. Pero la suma de miles de libros y miles de lectores contribuye a hacer la realidad más habitable. Imaginemos, si no, cómo seríamos colectivamente de no haber existido Homero ni Virgilio ni Dante ni Petrarca ni Camoens ni Cervantes ni Shakespeare ni Flaubert... Supongamos que no se ha escrito *la Eneida* ni *Edipo Rey* ni *El Lazarillo* ni *La Celestina* ni *Hamlet* ni *Drácula* ni *Ana Karenina* ni *La Regenta* ni la *Biblia*... Supongamos que tomamos la historia de la Humanidad y arrancamos de su corpus todo lo relacionado con la lectura... Incluso alguien que no hubiera leído jamás comprendería que seríamos distintos. E inevitablemente peores. Este es uno de los misterios del lector: que leyendo para sí mismo, para satisfacer sus propias necesidades —y a veces en la soledad más cruel que quepa imaginar— beneficia secretamente a la sociedad en la que vive: como si la pastilla que usted se toma contra la migraña quitara también el dolor de cabeza a sus vecinos.

Los lectores, que siempre han sido en términos relativos poco numerosos, vienen constituyendo desde hace siglos eso que los sociólogos (y los físicos nucleares) denominan «masa crítica», es decir, la cantidad de personas necesaria para activar un fenómeno (o la cantidad mínima de materia necesaria para que se mantenga una reacción nuclear en cadena). La mayoría de los ciudadanos no ha leído a Chejov ni a Zola ni a Hemingway ni a Kafka ni a Elliot ni a Camus... Pero quienes los han leído (la masa crítica) han sido capaces de transmitir —por una suerte de ósmosis— los valores de sus obras a la sociedad en la que vivían. Aristóteles y Platón están extrañamente, y gracias a los lectores, en quienes ni siquiera conocen su existencia.

La masa crítica. La masa. La masa de pan. Pienso en lo que hace crecer a la masa de pan, en la levadura. ¿Qué clase de levadura, de bacteria, necesita la masa crítica de lectores para esponjarse como una hogaza? Ni idea. De hecho, me conformaría con que no se encogiera como una verruga. «A lo largo de la historia», dice Borges, «el hombre ha soñado y forjado un sinfín de instrumentos. Ha creado la llave, una barrita de metal que permite que alguien

penetre en un vasto palacio. Ha creado la espada y el arado, prolongaciones del brazo del hombre que los usa. Ha creado el libro, que es una extensión secular de su imaginación y de su memoria».

¿Qué sería de la imaginación del hombre, y de su memoria, si desaparecieran los lectores o su masa crítica se redujera hasta extremos inoperantes?